

La verdad que nos hace libres

Juan 8: 31-36

Los que han nacido y los que hemos venido a vivir a este país, celebramos recientemente el Día de la Independencia de los Estados Unidos. Como nación es el día más importante del año, porque representa el comienzo de la libertad de un poder extranjero. Pero el precio de esta libertad no se compró meramente con palabras o acuerdos. Al igual que la independencia de nuestros países en América Latina, muchos tuvieron que derramar su sangre y sacrificar sus vidas para que hoy pudiéramos vivir en libertad. Eso nos hace pensar en una libertad mucho más grande y poderosa —porque es eterna, y es la que Cristo compró por nosotros en la cruz del calvario. La libertad que Cristo ganó para aquellos que creen en Él es la libertad del pecado. Veamos algunas maneras prácticas como esa libertad trabaja en los creyentes en Cristo.

Libres del poder del pecado. Según lo que el Señor le está diciendo en este pasaje a sus discípulos, la libertad más grande que el ser humano puede alcanzar es la de ser libre de la esclavitud del pecado. El pecado es básicamente vivir fuera de la voluntad de Dios. Esto nos lleva a acciones negativas que finalmente arruinan y destruyen nuestras vidas y a menudo las de otras personas también. Por medio de creer en Cristo y permanecer en su palabra, podemos ser libres del poder del pecado. Cristo dice aquí que el que practica el pecado “esclavo es del pecado”. En el idioma griego del Nuevo Testamento, la palabra esclavo tiene al menos tres significados:

Agorazo: es la acción de comprar un esclavo para revenderlo;

Exagorazo: es comprar un esclavo para ponerlo a trabajar en una finca;

Lutron: es comprar un esclavo para ponerlo en libertad. Esta es la palabra que se usa para hablar de aquellos que hemos creído en Cristo: Cuando Jesús murió en la cruz, derrotó todo el poder de Satanás, quien mantenía a las personas en la esclavitud del pecado: “... y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Colosenses 1:15). Cristo rompió las cadenas del pecado en nosotros y nos hizo “verdaderamente libres”.

Libres de las consecuencias del pecado. El vivir fuera de la voluntad de Dios produce múltiples consecuencias negativas en el ser humano. La más trágica de ellas es la que Pablo menciona en Romanos 6: 23a: “la paga del pecado es muerte”. Esta es la muerte eterna o condenación, es decir, la separación permanente de la presencia de Dios. Por medio de su muerte en la cruz, Cristo no solamente rompe en nuestras vidas el poder del pecado en nuestro pasado y presente, sino también sus consecuencias futuras. “... más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús” (Romanos 6:23b). Aquel que ha rendido su vida a Cristo y ha renunciado al pecado, vive ahora confiado en que tendrá una vida eterna en la presencia de Dios.

Libres para vivir en la voluntad de Dios. Un tercer aspecto muy importante la libertad que Cristo conquistó para nosotros en la cruz, es la libertad para desarrollar nuestro potencial y nuestro llamado como hijos e hijas de Dios. Adán y Eva fueron puestos en el Edén como mayordomos, como

administradores de la creación. El pecado trajo una corrupción de ese llamado, y aunque todavía Dios confía en el ser humano el cuidado de la tierra y de la vida en general, la realidad nos muestra que el pecado ha tenido y sigue teniendo un impacto negativo. Cuando estamos en Cristo, somos libres para volver al propósito de Dios, para cumplir nuestra verdadera vocación en la tierra. Somos libres para disfrutar la vida en su plenitud, para compartir su palabra de amor a otros, y para bendecir con nuestra vida a los que todavía no conocen esta libertad.

Es hermoso recordar y celebrar la independencia de nuestros países. Pero aún más hermoso, y de valor eterno, celebrar la libertad que Cristo ganó para nosotros con su muerte en la cruz y su resurrección. Si todavía no disfrutas de esa libertad del pecado y sus consecuencias, Cristo te hace una invitación, “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36). Él quiere que seas salvo de toda condenación y que vivas la plenitud de vida que él planeó para ti.